

***Derecho natural*, Ignacio Martínez de Pisón**

**(Barcelona, Círculo de Lectores, 2017)**

Mi padre, que había dejado el tabaco durante la convalecencia, fumaba ahora tanto como antes del accidente. También Nunes fumaba. A media tarde abrían la puerta para que la cocina se ventilara, y el tableteo de la Olivetti se oía en toda la casa. Mis hermanas, con la excusa de coger algo de la nevera, acudían rápidamente y luego se quedaban a curiosear. En aquella época, Cristina y Paloma habían empezado a desarrollar un léxico privado y caprichoso, hecho de palabras que sólo ellas entendían y cuyo significado podía variar de un día para otro. Decían, por ejemplo, que querían *domínichi* o que les dolía la *guligulá* o que tenían que *bomunatar* la *savalune*, y esos raros vocablos suyos servían para expresar conceptos diversos que ellas identificaban de inmediato pero los demás sólo podíamos adivinar. Era como si la comunicación entre ambas se estableciera en un nivel previo, digamos telepático, y como si la verbalización se hubiera convertido en algo prescindible y casi artístico. A Nunes ese extraño lenguaje, que a nosotros nos parecía un simple juego infantil, le tenía fascinado. Anotaba en un cuaderno los términos que le llamaban la atención y seguía la trayectoria de su evolución semántica: una misma palabra podía un día significar «sonrisa» o «guitarra» y al día siguiente «cuchillo» o «despiste». Luego repasaba sus notas y comentaba a mi padre:

- ¿Te das cuenta de que para ellas no existen los diptongos y de que casi todos los sustantivos son agudos o esdrújulos? Lo habitual en español son las palabras llanas, ¿no? Y en cuanto a los diptongos... ¡No paramos de emplear diptongos! Creo que he descubierto algo. He descubierto que las niñas construyen las palabras a partir de un número limitado de raíces. ¡Unas raíces que no proceden de ningún idioma conocido, como seguramente les ocurrió a los primeros hablantes de la humanidad, los que empleaban esa lengua común anterior a la torre de Babel! Combinando esas raíces según determinados mecanismos son capaces de designar miles de cosas... De hecho, el mundo entero. ¡La cuestión es averiguar de dónde surgen esas raíces y cómo funcionan esos mecanismos! ¿No te parece que

eso ayudaría a entender la esencia primigenia del ser humano o, al menos, de su dimensión social, comunicativa?

Llegó a tomárselo tan en serio que algunas tardes, ayudándose de sus anotaciones, intentaba hablarles en su idioma.

- ¿Habéis visto la *buchínite*? ¿Cuándo se *bisaninan* las *teculenés*? – decía con aplicación de neófito, y mis hermanas sonreían en silencio e intercambiaban una mirada de perplejidad.

Al principio, mi padre acogió con simpatía la curiosidad de Nunes. Luego las cosas empezaron a cambiar. Las niñas seguían irrumpiendo en la cocina a la hora de la merienda, y saberse objeto de atención las animaba a utilizar expresiones cada vez más extravagantes, que Nunes registraba con minuciosidad: ¿habían dicho *calíbita*?, ¿desde cuándo llamaban *sasapilá* a la nevera? Bien pronto la revisión del guion pasó a un segundo plano y se convirtió en un pretexto para proseguir con sus investigaciones lingüísticas. Nunes no ocultaba su simpatía por el anarquismo, y en la subversión del lenguaje veía un atajo hacia la subversión del orden establecido. Mi padre se impacientaba oyendo a las niñas dictar con coquetería nuevos palabros que inventaban sobre la marcha. No sólo es que aquello los estuviera distrayendo de su objetivo: es que amenazaba con echar a perder su proyecto de película. Al final ocurrió lo que tenía que ocurrir. Una tarde, Nunes apartó la carpeta de cartón azul y metió un folio en el rodillo de la Olivetti. Anunció:

- De momento, Ángel, olvídate de tu historia. Tenemos una mejor.

Su idea era hacer una película en la que todos hablaran un idioma inexistente, inspirado por supuesto en el de mis hermanas: ese idioma actuaría como fuerza liberadora de las pulsiones internas de los personajes y permitiría poner en solfa muchos de los tabúes que atenazaban a la sociedad. Nunes, como reconociendo a mi padre algún derecho, le ofreció escribir a medias el guion. Pero mi padre no quería renunciar a su proyecto. La discusión sobre cuál podía ser el tema central se convirtió en una especie de negociación, que concluyó cuando mi padre hizo una propuesta desesperada:

- ¿Y si algunos de los muertos hablan en una lengua incomprensible pero respetamos los diálogos de los vivos?

El otro se limitó a hacer un gesto desdeñoso y, frotándose el puente de la nariz, se volvió hacia mis hermanas.

- A ver, niñas. –Agarró una naranja del frutero–. ¿Cómo llamáis esto?

- *Pitílopo* –dijo Cristina, muy seria, y Paloma asintió con la cabeza.

A partir de ese día, las visitas de Nunes se fueron espaciando. Mi padre, quizás con la esperanza de recuperar su propio proyecto, no se negó a colaborar con él, pero lo hacía sin entusiasmo, y en un momento dado el propio Nunes tomó la decisión de seguir trabajando por su cuenta y le perdimos la pista. No haría muchas películas a partir de entonces, y entre las pocas que hizo no hay ninguna en la que los personajes se expresen en el idioma infantil de mis hermanas.

(pp. 123-126)